



Sobre mi hija

Kim Hye-jin

No me deja indiferente imaginar qué más tendré que presenciar mientras viva con ellas. Eso es lo que me preocupa: los momentos y escenas que puedan aparecer ante mis ojos sin previo aviso, tener que afrontarlos sin poder evitarlos, tener que mirar de frente aquello que solo he sospechado o imaginado, y que sea mucho más terrible de lo que esperaba. Llegará ese momento en que por fin presenciaré aquello que debería quedar oculto.

las afueras

Sobre mi hija

f

Kim Hye-jin
SOBRE MI HIJA

Traducción de
Irma Zyanya Gil Yáñez y Minjeong Jeong

las afueras

Título de la edición original: 딸에 대하여- *Ddalaе Dae-ha-yeo*

© Kim Hye-jin, 2017

All rights reserved

Originally Published in Korea by Minumsa Publishing Co., Ltd.

Arrangement with Kim Hye-jin c/o Minumsa Publishing Co., Ltd.

Published in arrangement with Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la traducción, Irma Zyanya Gil Yáñez y Minjeong Jeong

© de esta edición, Editorial Las afueras, 2022

Av. Diagonal, 534, 2º 2ª

08006 Barcelona

ISBN: 978-84-124802-2-1

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer

Imagen de la cubierta: Sohyun An, *8.11.S.Z* (detalle)

Maquetación: María O'Shea

Corrección: Maitane Dóniz Fuentes

This book is published with the support of the Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea)

La camarera llega con dos cuencos de fideos. Mi hija, que hurga en el cubertero en busca de los palillos y las cucharas, parece un tanto cansada, demacrada y envejecida.

—¿No viste mi mensaje? —me pregunta.

—Sí. Iba a llamarte, pero después se me pasó —miento.

La verdad es que pensé tanto en ella este fin de semana que quedé agotada. Y ahora estoy sentada aquí, sin alternativa ni solución.

—¿Qué hiciste el fin de semana?

Como respuesta, me invento que salí a almorzar con alguien cuyo nombre pueda resultarle familiar. Aunque parece a punto de preguntar algo más, al final solo dice «Ajá», y luego, como por mostrar interés, agrega:

—Bien. Necesitas salir de vez en cuando. Estos días hay muchos festivales y esas cosas.

—No sé. Estoy muy ocupada.

Tomo con los palillos un fideo largo y grueso y comienzo a sorber. Me encantaban cuando era joven. Los comía al menos una vez al día. Aún los disfruto, pero después viene la penitencia porque ya no puedo digerirlos como antes. Para calmar mi estómago alterado, tengo que masajearlo, caminar de un lado a otro, y me despierto varias veces por la noche. Envejecer es ir dejando de hacer una por una las cosas que nos gustan.

Un grupo de estudiantes universitarios entra al restaurante y unos oficinistas se dirigen al mostrador para pagar. Las risas y las conversaciones se vuelven más estruendosas. Hay gente joven en todas partes. Yo, con el

rostro lleno de arrugas y manchas de la edad, con el pelo ralo y la espalda encorvada, desentono en este lugar. No dejo de sentir que en cualquier momento alguien me mostrará su desagrado sin miramientos y observo con cautela de un lado al otro. Mientras mi hija vacía rápidamente su plato, yo me ahogo en preocupaciones. ¿Podré decir lo que quiero decirle? ¿Debería? ¿No debería? ¿Sería mejor quedarme callada? Solo temo una cosa: la represalia por rechazarla.

—Bueno, no te lo tomes a mal... —comento por fin.

«Bueno, no te lo tomes a mal». No hay señal más clara de que se está rechazando algo. Ella lo sabe y, durante un instante, sus ojos tiemblan por la decepción.

—Ya lo sé, mamá. No puedes.

Aún me mira como esperando que diga algo más. Alguien como yo no puede con el coste de la vivienda, que en este país sube como el humo, día y noche, sin detenerse. Hace mucho que perdí la capacidad de participar en este juego de escalar una pendiente cada vez más escarpada.

—Sí. Bueno, ya sabes que la casa es todo lo que tengo.

Se trata de una más en un callejón estrecho de viviendas reclinadas una sobre otra como una hilera de dientes cariados. Es una construcción de dos plantas que, al igual que su dueña, comienza a encorvarse hacia el frente y sufre de articulaciones desgastadas y huesos quebradizos. La casa no tiene nada que ver con las otras de este mundo que se elevan triunfantes. Solo eso me dejó mi esposo. Es lo único real que tengo a mi nombre y bajo mi control.

—Ya, ya. Pero yo tampoco sé qué hacer y no tengo a nadie más a quien recurrir, mamá —murmura revolviendo con los palillos el contenido de su cuenco.

Su voz revela que vacila entre la resignación y la esperanza. A continuación, añade algo más: me propone que le preste dinero a cambio de un interés mensual. Sin duda, tiene en mente a las dos familias que viven en el segundo piso, en las habitaciones con los techos

manchados de humedad, de suelos laminados sucios y rasgados, y ventanas de madera por las que se filtran el viento, el polvo y el ruido a todas horas. Lo que me pide es que cambie a los inquilinos, que pagan alquiler mensual, por otros que puedan poner una fianza grande y luego le preste ese dinero.¹

Pero conseguir nuevos arrendatarios no es tan fácil. Hace unos días, la recién casada del segundo piso vino a quejarse de una gotera justo sobre el fregadero de la cocina. Con el rostro encendido de fastidio, vergüenza, desconcierto y vacilación, me pidió que esta vez llamara a un profesional que la reparase de una vez por todas, no al viejo al que recurro siempre.

—Claro, solo deme unos días más —respondí, pero no pude ofrecerle una solución porque, al igual que ellos, que han venido a quejarse varias veces, no me alcanza para pagar el arreglo.

Mi hija golpetea con el pie bajo la mesa. El talón de sus zapatillas deportivas está visiblemente desgastado y el dobladillo de los vaqueros, deshilachado y sucio. ¿No se da cuenta de que este tipo de detalles son esenciales para dar una buena primera impresión? ¿Por qué exhibe con tanta facilidad su falta de dinero, su holgazanería, su apatía y descuido, todo eso que nadie debería saber? ¿No le importa dar una idea equivocada? ¿Por qué ignora los atributos de más prestigio como la elegancia, el arreglo, la pulcritud y el orden? Me muerdo la lengua para no decirle nada.

—Mamá, ¿me estás escuchando? —insiste, apremiante.

Al fin pongo mis palillos sobre la mesa, me limpio los labios y la miro a los ojos. Sí, para esto está la familia. Y yo soy la única familia que tiene. Y puedo serlo porque, al menos, tengo esta casa.

—Sí, déjame ver qué puedo hacer.

Es lo único que le digo.

—A ver, ¿cuánto has puesto?

La esposa del profesor susurra, aunque el volumen de su voz es tan alto que todos alrededor la oyen. Me detengo a las puertas del edificio y le doy unas palmaditas en el dorso de la mano.

—Solo cincuenta mil wones. Lo siento, pero no me alcanza para más.

Saca el sobre de su bolso y rezonga mientras agrega veinte mil wones.

—¿Para qué damos cincuenta mil cada una, si con treinta mil es suficiente?

Cada vez que se mueve, se intensifica su perfume barato con olor a rosas. Debe de tener el bolso color vino lleno de esos cosméticos baratos que regala sin contemplaciones para sentirse bondadosa, ya sea porque están vencidos o porque se trata de baratijas. A mí también me ha dado un par de cosas que nunca he usado. Siempre que tengo la intención, se me pasa la oportunidad. Desde hace un tiempo, mi memoria parece a punto de encenderse con chispazos intermitentes, pero pronto se oscurece como la boca de un lobo.

—¿De qué sirve dar dinero así cuando la gente ya está muerta? Eso solo beneficia a los hijos. Sería mejor agasajarlos con una buena comida mientras están vivos, al menos, ¿no? Estas costumbres deberían desaparecer. ¡Son una barbaridad!

No deja de hablar ni siquiera después de cruzar la puerta giratoria en la entrada del edificio. Me coloco donde pueda esquivar la luz que emana, punzante, de las brillantes lámparas y de las coronas de flores aún más resplandecientes. Alzo la vista a la pantalla buscando el velatorio y de mis labios se escapan estas palabras:

—¡Qué mujer tan desagradable!

Si contamos solo las veces que la difunta Seong nos invitó a comer, se superan por mucho los cien mil wones. ¡Qué

digo cien mil! Seong siempre fue muy generosa. No, su situación no era lo suficientemente buena como para calificarla así. Y, sin embargo, como si fuera el precio de mantener cerca a la gente, siempre era la primera en pagar y te hacía sentir en deuda. En cambio, la tacañería de esta otra mujer no podría calificarse sino de aborrecible. Aunque se presenta como «la esposa del profesor», nadie ha visto a su marido ni ella tampoco dice en qué universidad trabaja o qué enseña. Por supuesto, para unas viejas como nosotras eso no tiene importancia. De jóvenes poníamos nuestros límites, levantábamos muros a nuestro alrededor, pero ahora nos llevamos como si nada con gente que antes ni siquiera habiéramos podido imaginar.

Todo se debe a que nos hemos convertido en unas viejas sin ninguna particularidad. Es culpa de que haya muy pocos lugares donde los ancianos sean bienvenidos.

Pero no digo nada de eso en voz alta.

Encontramos el velatorio. Saludamos y, tras darle el pésame al hijo de Seong, nos sentamos en el salón. Ahí mato el tiempo tomando poco a poco la infusión de setas que traigo en un termo. La esposa del profesor come. Antes de llevarse la cuchara a la boca, mezcla el arroz con el caldo rojo de ternera que siempre se sirve en los funerales. También se zampa de una vez dos o tres trozos del reseco cerdo al vapor. Además, abre el teléfono y me muestra, emocionada, las fotos de su hijo y su nieto.

—A ver, ¿tienes un pañuelo? ¿No habrá una bolsa o algo por ahí?

Luego se gira hacia mí con la intención de ocultar algo a los demás, les quita el plástico a los platos desechables y guarda en él algunos aperitivos. En silencio, le acerco los platos que están más lejos.

—A mis nietos les gustan mucho. Aunque mi nuera se enoja, ¿cómo no se los voy a dar? Ahora lo tengo que hacer a escondidas.

—Claro, llévalas todo lo que puedas.

Mientras tanto, yo ni siquiera miro la comida.

Es como si estuviera aterrada de que alguna energía o sombra de aquellos que han traspasado el umbral de la vida me cubra o manche. De repente, mi mirada se cruza con la de alguien sentado en la pared opuesta. Sus pupilas estaban colmadas de resignación. Esquivo de inmediato esos ojos que parecen saber todos los secretos de la muerte y que ahora apuntan hacia mí. Es como si, durante el escondite, alguien te sorprendiera por la espalda después de terminar de contar con los ojos cerrados. Uno, dos, tres. El día en que murió, a Seong se le detuvo el corazón tras salir del trabajo como de costumbre. Se quedó fuera de juego por un paro cardíaco. ¿Cómo de cerca estará la muerte? ¿Por qué estaré tan segura de que me pisa los talones?

Hace meses vino a buscarme la familia de la mujer que alquilaba una habitación de la segunda planta. Antes de eso, habían venido otros que afirmaban ser sus amigos, pero no les di las llaves. ¿Cómo iba a confiar en ellos si mantenían apenas una relación tan endeble como una amistad o un noviazgo?

—Es que no hemos podido contactar con ella. Necesito que firme algo, por eso no me quedó más remedio que venir a buscarla —dijo el hombre que llegó ese día y que se presentó como su hermano menor.

Ante mi falta de respuesta, me contó que el problema era que quería cambiar de sitio la tumba de su padre, e incluso me mostró un documento. Yo me quedé de pie observando el segundo piso, mientras el hombre subía uno por uno los escalones. Luego oí que abrían la puerta y luego nada.

—¡Oiga! Oiga, señor —grité sin moverme de donde estaba.

Después de un rato, el hombre bajó las escaleras con el rostro ensombrecido.

—Mi hermana está en la habitación. No sé, creo que hay que llamar a alguien, a la policía.

Enseguida salió por la puerta principal y no volvió más. Una ambulancia vino a por ella. También llegó la policía y, con motivo de su investigación, me hicieron una pregunta tras otra hasta que cayó la tarde. Mientras tanto, aquel hombre se había marchado sin dejar rastro.

—¿Encontraron al que dijo ser su hermano? —pregunté dos días después, cuando a duras penas logré, finalmente, ponerme en contacto con el agente encargado del caso.

—Como ya le he dicho varias veces, los familiares de esta mujer se niegan a hacerse cargo de ella. Haga lo que quiera con sus pertenencias. El Gobierno se ocupará del cadáver, pero eso es todo. Tiene la fianza de la habitación, ¿no? Resuélvalo con eso. A mí no vuelva a llamarme, que no tengo tiempo de atenderla —dijo y colgó sin darme tiempo de preguntar por qué o cómo había muerto la mujer.

Dos días más tarde entré en su habitación. Me quedé de pie agarrando el picaporte, aterrada a plena luz del día, a la hora en que los árboles florecen mientras absorben la energía tierna y cálida del sol. En esa habitación no había nada de lo que esperaba. Solo encontré, bien ordenadas, todas aquellas cosas que normalmente tiene en su vida cotidiana y en sus costumbres, en sus gustos e inclinaciones, una mujer que vive sola. La muerte le llegó sin indicios ni presagios, sin advertencia ni preparación.

—Una muerte lamentable —digo al ver tantos ancianos en el velatorio.

Y pienso que no me sorprendería enterarme de que mañana ha fallecido otro. ¡No sería lamentable, más bien me reiría de lo mucho que ha vivido! Quienes se quedan, en vez de sentir pena o lástima, deberían reflexionar fríamente sobre la vida que llevó el difunto. Si no tuvo nada bueno ni malo, pronto se olvidarán de él. Pronto se volverá sombra, nada. Cuando salgo, mi mirada gravita hacia el hijo de Seong, quien, con traje oscuro y el brazalete funerario blanco, recibe a los invitados mientras vela el cuerpo.

*

Se dice que cuando duele el cuerpo sin motivo, es porque un espíritu nos ha poseído y que, entonces, uno debe aceptar convertirse en chamán o se corre el riesgo de pasarle esa agonía a los hijos. Por supuesto, nadie quiere heredar algo así. Por eso me digo que debo hacer todo lo posible por aceptar yo misma el destino que me ha tocado.

Al pensar en mi hija, paso horas atrapada en este tipo de divagaciones. Me pregunto si estoy pagando alguna culpa, si le habré heredado algún mal. Jen mira por la ventana desde su silla de ruedas. Fuera, un empleado rocía con agua el amplio aparcamiento. El líquido que sale de la manguera se divide en chorros que golpean el piso y rebota en forma de gotas cristalinas.

—¿Quiere salir? —digo mirándola a los ojos, aunque en realidad no tengo ganas de llevarla.

Una mujer que ha vivido demasiado, cuyos recuerdos se escapan quién sabe a dónde, y que, al igual que cuando nació, hace mucho tiempo, rompe los límites del género mientras se convierte en nada más que un ser humano que trasciende lo femenino y lo masculino.

A veces me parece mentira la vida de esta mujer pequeña, escueta y humilde que, después de nacer en Corea del Sur, estudiar en Estados Unidos y hacer carrera en Europa, volvió a su país, donde malgasta el resto de sus días al cuidado de desconocidos. Considero inconcebible que, en alguien que jamás se casó ni pudo tener hijos, convivan las huellas de un mundo grandioso que yo nunca conocí, a la par de esta soledad que ya sobrepasa un año sin que nadie venga a visitarla.

Al otro lado, desde una mesa, se oye una conmoción. Un anciano agita el mando a distancia mientras blasfema y desparrama los materiales didácticos que tenía enfrente. De su cuidadora, la esposa del profesor, no se ve ni la sombra. Debe estar escondida hablando por teléfono u

ocupada picoteando algo entre comidas. Empujo la silla de ruedas con rapidez, porque, de todos modos, no tengo fuerzas para contener a un hombre como este.

Antes de la cena, alguien abre la habitación y me llama. Es el señor Kwon, gerente administrativo del hospital. Cuando salgo al pasillo, me pregunta si mañana puedo llegar una hora antes, que vendrán de una emisora a hacer un reportaje sobre Jen. Le digo que no tengo problema. El gerente Kwon agacha la cabeza con cortesía. Como dice la esposa del profesor, conmigo es especialmente atento. Aunque, mejor dicho, lo que hace es esforzarse en mostrar la cortesía mínima. No ignoro que esto determina la actitud que el resto de los empleados tiene hacia mí. Me pregunto si debo sentirme afortunada, considerando que la mayoría de los cuidadores viejos de la residencia de ancianos reciben un salario bajo explícito, y un desprecio y unos malos tratos implícitos. Es posible que mi suerte se la deba al hecho de que me encargo de Jen, porque aquí es importante a quién te toca cuidar. Al menos, frente a ella, la gente se comporta de forma cortés y respetuosa.

—¿De verdad no tiene familia esa mujer?

Sin embargo, a sus espaldas la cosa cambia. En especial con personas como la esposa del profesor, que no tienen reparo en mostrar sus verdaderas intenciones, como si siempre estuvieran esperando el momento para hacerlo.

—¿Y de qué le serviría tener familia? Siempre es lo mismo.

Es muy raro que los hijos que dejan a sus padres en la residencia vengan a visitarlos con regularidad. Aun siendo consciente de esto, la esposa del profesor no da tregua.

—Pero no es lo mismo que no tener familia. Qué lamentable es verla así sola durante años. Por eso hay que cuidar bien a los hijos, aunque nos cueste trabajo, porque son nuestro patrimonio y nuestro seguro.

Como yo no muestro ninguna reacción, la esposa del profesor se lo repite a la joven casada que empezó a